

ECONOMIA DOMESTICA.

LICOR.

PARA QUITAR LAS MANCHAS DE GRASA.

En una botella mézclase: espíritu muy puro de trementina, cuatro onzas; éter sulfúrico, una onza; espíritu de vino, una onza, tapándose inmediatamente con un corcho muy apretado. Al hacer uso de este licor, póngase la cosa manchada en una servilleta doblada, mójese un trapo de hilo en el licor y estréguese con él la mancha hasta que se quite. Si fuere vieja la mancha, es preciso recurrir al calor: en este caso, póngase sobre la mancha un trapo mojado en el licor, póngase encima una plancha caliente y refríguese luego como queda dicho.

MATADURAS

DE CABALLOS POR EFECTO DE LA SILLA.

Tómese: de espíritu de vino, cuatro onzas; alcanfor, dos dracmas; bol arménico, una dracma; mézclase todo muy bien, aplíquese dos veces al día, refregando con un poco de esto la hinchazon y empañando en lo mismo unas hilas ó una venda, para atarla en la parte enferma.

POMADA DE ROMERO.

Tómese una libra de sebo de vaca y otro tanto de manteca de puerco, póngase á derretir y ya que comience esto á derretirse váyasele vertiendo poco á poco una onza de aceite de romero.

CREMA DE ARRURRU.

Dos cucharadas de *arrurrú* revuélvanse con medio cuartillo de agua; ya que está bien reposado escúrraselo el agua. Hiérvase una azumbre (cuatro cuartillos) de leche fresca, y añádasele la corteza de un

limon y algo de canela; esto hirviendo viértase sobre el *arrurrú*, moviéndolo bien y sin cesar hasta que se enfrie.

Esta crema se come con las conservas de frutas.

ZUMO DE LIMON PURIFICADO.

A media azumbre (dos cuartillos de zumo de limon) añádase una onza de carbon en polvo. Después de tenerle así doce horas filtrase (el zumo) por un papel blanco de añafo ó secante. Tapándose bien ya embotellado, puede durar muchos años.

PASTILLAS DE IPECACUANA.

Azúcar, cuatro libras; ipecacuana (6 bejuquillo), una onza, medida medicinal; goma disuelta, la suficiente para formar una pasta. Háganse nuevecientos sesenta pastillas, cada una de las cuales contendrá medio grano de ipecacuana.

Son muy eficaces contra las enfermedades de la garganta cuando comienzan á presentarse y para aclarar la voz.

PREPARACION

PARA FIJAR LOS DIBUJOS DE LÁPIZ.

Espíritu de vino, cuatro onzas; espíritu de vino alcanforado, media dracma; aceite volátil de romero, una dracma; mézclase. Esta mixtura debe aplicarse al revés del dibujo con una brocha plana y ancha. Se conocerá que se ha fijado con ver que se transparente el papel. Cuidese de que no toque nada al dibujo mientras tenga la preparación. Cuando ya se esté embiendiendo esta, puede ponerse aquel sobre una mesa con el revés hácia arriba para que se evapore el espíritu.

ANGELICA CATALANI.

¿Quién no ha oído hablar de madama Catalani, de la maravillosa sirena que encantó los ocios de los reyes de la santa alianza en aquellos eternos congresos en que se hacían las particiones de los despojos del señor del mundo? El nombre de madama Catalani se encuentra asociado con los sucesos mas grandes de la historia contemporánea, y no queremos que una sombra tan preciosa cruce las riberas eternas sin probar á fijar su memoria. Por lo tanto, aprovechándonos de las noticias verdícas que nos han comunicado los deudos de la ilustre cantatriz, referiremos ligeramente una vida que será notable en los anales del arte.

Angelica Catalani vino al mundo en Sinigaglia, ciudad pequeña de los Estados de la Iglesia, en el mes de octubre de 1779. Su padre, hombre que vivia muy honradamente, era un magistrado, una cosa como juez de paz que con mucho trabajo educaba una crecida familia compuesta de cuatro hembras y dos varones. Para suplir á los escasos productos de su empleo, el padre de la futura *prima donna* comerciaba en diamantes, acumulacion que no tenia nada de extraño en un país en que está situada hasta el día la feria mas grande de Italia. Sin embargo, para aliviar una carga que se le hacia demasiado pesada, el señor Catalani se vió precisado á poner á su hija Angelica en un convento en que á su tiempo habia de

pronunciar votos solemnes é irrevocables. Angelica entró pues en el convento de Santa Lucía de Gubbio, poco distante de Sinigaglia, y para lograr que fuese admitida su hija en un establecimiento que estaba exclusivamente consagrado á la educacion de las señoritas nobles del país, el señor Catalani tuvo que hacer valer un parentesco algo lejano con la casa de los Mastai, de la cual Pio IX es hoy cabeza ilustre y venerable. Aquí se encuentra á la Italia con sus grandes contrastes y esa alianza del arte y de la religion, del dogma inflexible y del capricho mundanal, que forma el rasgo prominente de su carácter.

En el convento de Santa Lucía Gubbio es donde la jóven Angelica recibió las primeras nociones del arte musical. Hácia fines del siglo XIII un convento italiano no era mas que una especie de conservatorio donde la oracion, la música y el amor eran la ocupacion única. Por lo mismo, mucho se cantaba en el convento de Santa Lucía. Todos los domingos y los dias de fiesta mayor las religiosas y las novicias hacian retumbar con sus piadosos cánticos las bóvedas de la capilla. En medio de aquellas voces frescas y virgíneas se notó en breve la de Angelica Catalani, cuyo metal, extension y flexibilidad causaban ya admiracion á sus compañeras. Las religiosas, queriendo sacar provecho de tan peregrinas cualidades, la hicieron cantar algunos pequeños solos

que atrajeron numerosos adoradores á su patrona santa Lucia.

—Vamos á oír á la *maravigliosa Angelica*, se decian en el país los dias de gran solemnidad.

Y la multitud corría á situar las puertas de la capilla, á la cual, como en el paraíso, eran mas los llamados que los escogidos. Los triunfos algo profanos que adquiria Angelica acabaron por escandalizar á las almas devotas, y el obispo mandó á la superiora que pusiera la luz bajo el almud suprimiendo los solos de la jóven novicia. Seguramente el obispo

ese no era aficionado á la música; muy digno debía de ser de formar parte de aquel grupo de espíritus melancólicos que desde el fondo de la tebedada de Port-Royal-des-Champs parecian pedir á Dios perdon por haber venido al mundo, y que han procurado ahogar la gloria y magnificencia del siglo de Luis XIV con el silencio de Pascal. Por fortuna la superiora del convento de Santa Lucia de Gubbio no participaba de los principios rigurosos de la madre Angélica de Antilly, y mas inteligente que el obispo á cuya jurisdiccion correspondia su órden, no quiso privarse de un elemento que tanto aprovechaba así á los pobres como á la verdadera devocion. Valiéndose de un subterfugio muy inocente, colocó á Angelica Catalani detrás de un grupo de novicias, las cuales ocultaban á su compañera de las miradas de los curiosos y templaban la sonoridad de aquella voz que habia de maravillár á la Europa. Sin embargo, los fieles no se dejaban detener por el obstáculo que se les ponía, y se levantaban de puntillas para alcanzar á ver á la jóven que les llevaba el alma. La emocion llegó hasta el entusiasmo un dia de fiesta mayor en que la peregrina Angelica, cubierta de un vestido tan blanco como su alma, cantó un *Ave Maria Stella* que

enterneció todos los corazones. No hubo quien no quisiera ver, quien no quisiera abrazar á la *virginella* que Dios habia agraciado tan ricamente.

La señorita Catalani permaneció en el convento de Gubbio hasta la edad de catorce años. Su padre á pesar de las vivas instancias que se le hacian no podia decidirse á dirigir el talento de Angelica hácia un fin profano. Su mucha religiosidad y el cargo de que estaba investido no le permitian mirar sin una repugnancia suma todo cuanto tenia que ver con el teatro.

Por último, vencido por las lágrimas de Angelica y por los empeños de toda la familia, consintió el señor Catalani en mandar á su hija á Florencia para que allí recibiese lecciones de Marchesi, el cual era entonces uno de los sopranos mas afamados de Italia.

Marchesi era cabalmente el maestro que convenia para dirigir á Angelica Catalani y prepararla para su glorioso destino. Dotado de una constitucion exterior preciosa y de una voz de *mezzo soprano* fuerte y prodigiosamente fácil, este cantor se distinguía con particularidad por lo sobresaliente y lo magnífico de su *vocalizacion*. Habia nacido en Milan en 1754: se estrenó en Roma en 1774 en un papel de mujer y fué muy aplaudido; luego recorrió la Italia y visitó las principales capitales de Europa, llevándose tras sí la admiracion de todos. La primera vez que cantó en Viena excitó tal fanatismo que todas las mujeres de la corte imperial quisieron tener su retrato en medallon.

Marchesi no tenia ni lo patético de Guadagni ni el estilo admirable de Pacchiarotti. Partidario acérrimo de la casa de Austria, nunca quiso cantar delante de Napoleón, á quien trataba de usurpador. Separóse del teatro como á principios del año 1806, y se retiró á Milan su patria,

donde murió á los setenta y cuatro años de edad, dejando un hermoso caudal de que siempre habia hecho un noble empleo.

Dos años estudió Angelica Catalani bajo la direccion de Marchesi. Enseñóle este á moderar la suma facilidad de su voz tan extensa como ruidosa: adornó su memoria de una multitud de *gorgheggi* á cual mas complicado, y le comunicó tambien, por desgracia, su gusto demasiado exclusivo por las arrees y los piropos de la *vocalizacion* italiana. Mientras que la jóven Angelica se preparaba de esta suerte á conquistar la brillante fama que algun dia habia de alcanzar, tuvo ocasion de oír en Florencia á una cantatriz célebre, la Gabrielli tal vez, y que produjo en ella una sensacion profunda. Maravillada de la voz y del talento de la cantritz, Angelica rompió en llanto y exclamó con precioso candor:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! nunca he de llegar á tal perfeccion!

La cantatriz de moda quiso ver á la jóven que le habia dirigido un cumplimiento tan lisonjero, y después de haberla hecho cantar en su presencia, le dijo abrazándola con ternura:

—Tranquícese usted, hija mia; dentro de pocos años ya me aventajará usted y á mí me tocará entonces llorar por los triunfos de usted.

La señorita Catalani se estrenó en el teatro de la Feniza en Venecia, en 1795, con una ópera de Nicolini. Tenia á la sazón diez y siete años. Un talle alto y gallardo, unas hermosas espaldas blancas como el alabastro, un cuello de cisne, unos ojos grandes, azules, apacibles y transparentes, unas facciones nobles y hechiceras, hacian á la jóven cantatriz una persona maravillosa. En aquel cuerpo que por todas partes derramaba juventud y hermosura, la naturaleza habia puesto uno de los instrumentos mas admirables que

hayan existido jamás: una voz de soprano de una extension de casi tres octavas, subiendo desde el *fa* abejo del alcance hasta el *fa* sobreagudo. Este inmenso tocado era de una igualdad perfecta y de una flexibilidad incomparable. Bien se advierte que con semejantes ventajas, á la señorita Catalani no debió de costarle trabajo el ganarse las simpatías de un público italiano; de suerte que fué ruidoso y espontáneo su triunfo en Venecia. Rodeada de su familia y de su maestro Marchesi, quien quiso animarla en sus primeros pasos en la carrera, Angelica fué recibida con frenesí y su fama se derramó como un relámpago por toda Europa.

Todas las biografías de la señorita Catalani que hemos podido consultar afirman que después de su estreno (unas dicen que en Venecia y otras que en Milan), la jóven cantatriz recorrió en triunfo las principales ciudades de Italia, y que después de una peregrinacion de varios años fué cuando se ajustó en el teatro italiano de Lisbon, adonde se presentó en 1801. Por otra parte, la señorita Catalani siempre ha dicho á sus hijos que apenas tenia diez y siete años cuando llegó á la corte de Portugal: segun esto habiendo nacido en 1779, seria en 1796 cuando habria salido de Italia, es decir casi inmediatamente después de su aparicion en el teatro de la Feniza en Venecia. Parécenos tanto mas verisímil esta última version cuanto que la señorita Catalani fué al principio agregada á la capilla del príncipe regente, sugeto muy aficionado á la música, como lo ha sido siempre la casa de Braganza desde su ilustre fundador hasta el emperador don Pedro. Lo que hubo de decidir al señor Catalani á llevarse á su hija lejos del suelo que la visó nacer y á sustraerla prontamente á la gloria ruidosa y llena de peligros de la carrera dramática, fueron sin

duda sus escrúpulos religiosos y los sentimientos de delicadeza á que aquel hombre honrado vivió siempre sujeto. No es imposible tampoco que la graciosa torpeza y la suma timidez que siempre impidieron á la señorita Catalani el quedar completamente bien en las tablas hayan infundido algo en la determinación de su padre. Como quiera, lo cierto es que Angelica Catalani, después de haber permanecido en la capilla del rey de Portugal, se decidió á volver al teatro, porque los emolumentos que le daban como cantatriz no alcanzaban á las necesidades de su numerosa familia de la cual ella era el único sosten.

En la compañía de cantores italianos que en 1779 fué á trabajar en el teatro de Lisboa se encontraba la Gafforini, contralto admirable, y Crescentini, el último soprano de un mérito eminente que haya producido Italia. Rodeada de semejantes habilidades, la virtud y hermosura de la señorita Catalani adquirieron un lustre mayor que nunca. El ejemplo y los consejos de Crescentini fueron de lo mas útil para la jóven Catalani; pues con la dirección de este maestro cuya escuela era muy mas severa que la de Marchesi¹ aprendió ella á *frasear* mejor y á corregir algunos de los defectos de su maravillosa *vocalización*. Por espacio de seis años la señorita Catalani fué la idolatría de la corte y ciudad de Lisboa. El recato de sus modales, su afable religiosidad y la singular bondad de su corazón la daban á querer para con todos cuantos llegaban á tratarla. El regente la miraba como á hija.

Cuando el general Lannes² fué enviado como embajador de Francia á Portugal, llevó consigo un jóven oficial francés que habia de tener un influjo grande en la suerte de la célebre cantatriz. M. de Va-

labrègue³, capitán del 8º regimiento de húsares, era un sugeto amable y de modales sumamente finos. Las prendas de su persona, la vivacidad de su entendimiento y mas que nada la elegancia de su uniforme hicieron impresion en la señorita Catalani, á quien veía con frecuencia en las tertulias del embajador de Francia. M. de Valabrègue no tuvo trabajo en participar de los sentimientos que inspiraba, y advirtiéndole que la voz de la jóven cantatriz podia ser para él un manantial de riquezas, pidió su mano. La familia y los numerosos amigos de la señorita Catalani veían esta union con la mas completa repugnancia. A cuanto se le hacia presente en orden á apartarla de este casamiento, la señorita Catalani respondia bajando los ojos:

—*Ma che bell' ufficiale!*

El lindo oficial se la ganó en efecto: casóse con Angelina Catalani en la capilla de la corte, bajo los auspicios del príncipe regente y del general Lannes. Madama de Valabrègue, que siempre ha conservado su propio apellido, marchó de Lisboa á principios del año 1806. Acababa de hacer un ajuste magnífico para el teatro italiano de Londres. Fuése primero á Madrid, en donde dió varios conciertos que le produjeron sumas considerables; luego, atravesando la Francia, se presentó en Paris en los primeros dias de junio 1806. Allí le habia precedido su fama, y los periódicos de la época anunciaron su llegada de la manera mas propia para picar la curiosidad del público. Madama Catalani dió en el teatro de la Opera tres conciertos que atrajeron una concurrencia considerable. Triplicóse en aquella ocasion el precio: una boleta para el patio costaba nueve francos¹, un balcón trein-

1 Valabrègue. 2 Lannes. 3 Cantor y cuarto reales.

1 Voz media entre el tiple y el tenor. 2 *Marquési*.—3 *Láns*.

ta francos² y en esta proporcion lo demás. En el primer concierto que se dió el 22 de julio, madama Catalani cantó dos arias de Cimarosa y una aria de la *Semiramis* de Porto-Gallo³, *Son regina*: en el segundo, que se dió el 11 de agosto, eligió una aria de las *Bacanti di Roma*, música de Nicolini, otro de la *Zaira* de Porto-Gallo y luego tambien el de la *Semiramis* del mismo compositor; en el tercer concierto, dado el 3 de setiembre, madama Catalani añadió á los trozos precedentes una aria de Piccini⁴, *Se il ciel mi divide*, cuyo severo estilo le era menos familiar. La extension, la fuerza y el brio de la voz de madama Catalani, la riqueza de su *vocalización* y los hechizos de su persona, excitaron viva admiración. Exceptuando á Paganini, no ha habido nadie que haya producido un efecto comparable con el de madama Catalani en su estreno en el teatro de la Opera. No obstante, la crítica parisiense no se dejó desarmar del todo por tantos embelesos, y en medio del emajenamiento general, dejó oír algunas observaciones sensatas.

Tambien Napoleon habia oído á madama Catalani y deseando radicar en su capital á una cantatriz que podia distraer la opinion pública, mandóle llamar á las Tuillerias. La pobre mujer nunca habia visto de cerca á aquella terrible habilidad de la guerra, que llenaba la Europa con el ruido de sus *fortitres* ó gorgoros: presentóse temblando de pies á cabeza ante él.

—¿Adónde va usted, señora? le dijo el maestro con su voz imperial.

—A Londres, señor.

—Es preciso que se quede usted en Paris: estará usted bien pagada y sus habilidades serán mejor apreciadas. Se darán á usted cien mil francos⁵ anualmente y

1 Seis pesos. 2 *Porto-gallo*. 3 *Porto-gallo*. 4 *Porto-gallo*. 5 Veinte mil pesos.

dos meses de descanso. Con que está arreglado. A dios, señora.

Y la cantatriz se retiró mas muerta que viva, sin haber tenido ánimo para decir á su interlocutor que le era imposible faltar á un compromiso que tenia contraido con el embajador de Inglaterra en Portugal. Si Napoleon hubiera sabido aquella particularidad hubiera embargado á la bella cantora, á quien habria considerado como buena presa. Madama Catalani siempre tuvo que escaparse de Francia sin pasaporte: embarcóse furtivamente en Morlés en un bajel que acababa de canjear unos prisioneros. Su entrevista con el emperador Napoleon hizo en madama Catalani tal impresion que con frecuencia hablaba de ella como de la cosa que mas la habiera conturbado en toda su vida.

Llegó madama Catalani á Londres en diciembre de 1806. El gusto de los ingleses por la música y los cantores italianos sube á una época bastante lejana. Desde el siglo XVI se ven á los tañadores de lúd, á los cantores de madrigales y de *chansonette* figurar en todas las fiestas galantes que se daban á la reina Isabel, mujer extravagante que era tan apasionada á la mitología como enemiga del *papismo*. La ópera italiana existe en Londres desde principios del siglo XVIII, y en aquel teatro frecuentado en todo tiempo por las clases mas distinguidas de la sociedad brillaron sucesivamente los cantores mas célebres de Italia, que las escuelas de Nápoles, de Roma, de Bolonia y de Venecia educaban para el divertimento de los "bárbaros." Allí fué donde se vieron estallar esas luchas heroicas entre Caresini y Farinelli, la Faustina y la Cuzzoni, la Marra y la Banti, la Bellington y la Grassini, la Todi y la Marra; luchas deliciosas que se han renovado en nuestros dias entre la Pasta y la Mail-

1 Parinelli.

bran, Jenny Lind y la Alboni. Los partidos políticos se mezclaban en estas luchas de la fantasía sosteniendo á uno ú otro de ambos campeones. Los *toris*¹ vi-toreaban con sumo ardor los arpegios, las gamas cromáticas y los gorjeos *fosforescentes* de la Marra, mientras que el extenso estilo y el canto patético de la Todi excitaba el entusiasmo de los *whigs*². Lle-vóse tan lejos esta rivalidad, durante la primera parte del siglo XVIII, que cada facción quiso tener, como en el día, su teatro italiano. Haendel dirigía el de la corte, en donde hacía oír sus obras maestras que Senesino interpretaba de una manera admirable, en tanto que Buononcini³, con la cooperacion de Farinelli, atraía á la multitud al de la oposicion. A pesar de la superioridad de su ingenio, Haendel sucumbió en esta lucha encarnizada, costándole hacienda y sosiego. Un día, en medio de una discusion de las mas aca-loradas del parlamento inglés, se vió subir á la tribuna un ministro para pedir que se dejase para otro día el debate de un asunto muy importante acerca del cual el go-bierno tenia que tomar informes. A estas palabras el *speaker*⁴ se levantó riéndose maliciosamente para su peluca: aquello no era mas que un artid convenido entre los *dilettanti*⁵ del parlamento que querian asis-tir al estreno del famoso Pacchiarotti. ¿Sabeis en qué gastaba el tiempo lord Cas-tlereagh durante su permanencia en Paris en 1814? Cantando duos italianos con madama Grassini delante de su amigo el duque de Wellington, quien mirando los bellos ojos de la cantatriz hallaba la voz del primer ministro muy grata. Madama Grassini, que habia sido una de

1 En Inglaterra, los partidarios de la corte, del sistema politico llamado conservador. Martinez López abona la voz.
2 *Whig*, partidario de la oposicion.
3 Buononcini.
4 *Speaker*, orador.
5 Filarmónicos.

las mas hechiceras conquistas de Napo-leon, habia seguido á la fortuna, pasándo- se al enemigo de la Francia con armas y bagajes.

No ha habido nunca cantatriz que ha-ya alcanzado en Londres un triunfo como el de madama Catalani. La apari-cion de esta mujer célebre en una ciudad donde habian lucido los mas admirables artistas del siglo diez y ocho, fué casi un acontecimiento público. La prodigiosa extension de su voz tan igual como ro-busta, la magnificencia, el brio de aquella su *vocalizacion* que se derramaba en chorros luminosos como un surtidor del parque de Versailles; la rara distincion de su persona, la nobleza de su porte y de su carácter, excitaron allí un entusiasmo universal. Durante ocho años madama Catalani fué la idolatría de la Inglaterra. Admitida en las reuniones de la alta aristocracia, que le agradecian el haber resistido las tentaciones de Napoleon, corteja-da de los *toris*, admirada de los *whigs*, ella tenia á toda la nacion encantada, he-chizada con sus gamas cromáticas y sus gorjeos deleitosos. Cuando terminaba la estacion de las diversiones en Londres, madama Catalani recorría la Inglaterra dando por todas partes conciertos que le rendian sumas cuantiosas. Su nombre, impreso en un cartel, era un talisman ir-resistible que hacia acudir la multitud en el villorrio mas corto del imperio británico. Hasta la indigente, la infeliz Irlandesa, ven-dia sus harapos para oír á la maravillosa sirena cuyas *lampi di gola*¹ hechizaban los oidos y arrebataban los corazones.

Tan poderoso y general era el prestigio de madama Catalani en el público inglés, que el gobierno, en su lucha peligrosa con-tra el descomunal agitador de la Europa recurrió no pocas veces á la habilidad de la cantatriz para dar mas brio al espíritu

1 *Relámpago*, del gazzate.

nacional. Cada vez que se espacia en Londres el rumor de que Napoleon acaba-ba de ganar una de aquellas terribles victorias que reducía á trizas á la coali-cion, el ministerio mandaba al punto anun-ciar un concierto en Drury-Lane¹, en el cual madama Catalani cantaría, *con fiori el God save the king*² y el *Rule Britan-nia*. Cuando su voz magnífica lanzaba sobre la multitud á que hacia temblar, es-tas palabras llenas de orgullo:

*Send him victorious,
Happy and glorious,
Haz que torne victorioso,
De gloria y dicha colmado,*

levantábase en masa el público y victo-reaba con frenesí á la bella cantatriz, á quien comparaba á Juno cuando con su mirada imperativa agitaba las ondas. Así fué cómo madama Catalani vino á que-dar como alistada en la gigantesca coali-cion que pagaba la Inglaterra contra su enemigo implacable.

Madama Catalani fué á Paris en 1851, con los aliados, á tomar tambien su parte en el triunfo comun al cual habia contri-buido sin duda alguna con sus arpegios seductivos y sus vigorosos "cobetes." El 4 de febrero 1815 dió un concierto en la ópera á beneficio de los pobres, y tuvo un éxito tan brillante como el que se mereció en 1806. Ausentóse durante los Cien Dias, y se dirigió á Gante con Luis XVIII á quien habia conocido en Inglaterra y que honraba á la cantatriz con su real bene-volencia: fué su casa el paraje donde se reunia lo mas ilustre de los emigrados. Después de una excursion en Holanda y en Bélgica, madama Catalani volvió á Paris en tiempo de la segunda restaura-cion. Entonces fué cuando Luis XVIII, queriendo recompensar el apego que ma-dama Catalani habia manifestado hácia

1 *Drury Lane*.
2 *God save the king*, Dios salve al rey.

su persona y á la causa de la legitimidad, le otorgó el privilegio del Teatro Italiano con ciento sesenta mil francos¹ de subsi-dio. Esta empresa fué para la cantatriz un semillero de disgustos de todo género. Dominada completamente por el ánimo inquieto de su marido que procuraba se-parar del Teatro Italiano á todos los can-tores cuyo talento podia hacer sombra á la reputacion de su mujer, madama Cata-lani se vió en el caso de abandonar a-quella fatal direccion, después de perder quinientos mil francos² de su caudal jun-to con el favor del público parisiense. Pa-ra reparar este revés la célebre cantatriz emprendió un viaje por el Norte de Euro-pa. Visitó la Dinamarca, la Suecia, re-corrió triunfalmente toda la Alemania, dando conciertos que le produjeron cuan-tiosas sumas. En medio del entusiasmo que por todas partes excitó á su paso, en medio de la vivísima luz con que deslum-braba á la multitud absorta, la crítica ale-mana frunció el entrecejo y pretendió juzgar á aquella ave del país de la Auro-ra con los toscos principios de una estét-i-ca rigorosa, lo cual venia á ser lo mismo que someter los arabescos de Rafael al castillejo de "la razon pura" de Kant. A pesar de un artículo notable que apa-rece en la Gaceta musical de Leipzig (de 21 de agosto de 1816) con relacion á ma-dama Catalani, á pesar del recibimiento mas que frio que le hicieron en Munich, sacó ella de Alemania mucha gloria y mucho dinero.

En 1817 la ilustre cantatriz estuvo en Venecia donde treinta años atrás habia comenzado á llamar la atencion su juven-tud y su fama. Pacchiarotti que aun vi-va y que entonces oia por primera vez á madama Catalani, no fué del número de sus mas decididos admiradores. No se

1 Treinta y dos mil pesos.
2 Cien mil pesos.

guiremos mas tiempo á nuestra incansable viajera que visitó los rincones mas distantes de Europa. Bástanos decir que en 1823 atravesó la Polonia y fué á Rusia donde el emperador Alejandro la acogió con un favor muy particular. La última vez que cantó en público fué en un concierto que dió en Dublin el año 1828.

Después de haber deleitado al mundo durante el trascurso de casi medio siglo, madama Catalani se retiró á una hermosa casa de campo que poseia á las inmediaciones de Florencia donde corrieron los postreros años de su vida en medio de la opulencia y de la estimacion pública que le habian merecido la dignidad de su carácter, la serenidad de su alma y la inagotable caridad de su corazón. En la deliciosa soledad que se habia procurado no cesó un dia de cultivar la música, por la que tenia verdadera pasion.

La invasion del cólera-morbo asiático en Italia decidió á madama Catalani á ir á refugiarse á París al lado de sus hijos que allí están establecidos y que pertenecen á Francia en virtud del derecho que les ha trasmitido M. de Valabrègue su padre. La plaga que tenia y que tal vez la hubiera perdonado en Florencia la arrebató súbitamente de este mundo en París el 12 de junio de 1849, á la edad de sesenta y nueve años.

Madama Catalani, pocos dias antes de su muerte, hallándose sola en su salon sin presentimiento alguno de su próximo fin, recibió la visita de una dama incógnita, que se negó á dar su nombre al sirviente. Luego que aquella se vió delante de la instra cantatriz, inclinóse diciendo:

—Vengo á rendir homenaje á la habilidad mas célebre de nuestros dias y á la mas noble de las mujeres: bendígame usted; soy Jenny Lind.

Madama Catalani enterrecida hasta ver-

ter lágrimas, estrechó largo rato á su corazón á aquella digna émula.

Madama Catalani, era una débil música. Se habia descuidado tanto su educacion, que le era imposible leer á primera vista la cantinela mas sencilla. No tocaba instrumento ninguno; siempre necesitaba tener á su disposicion un acompañante que estuviese acostumbrado á seguir los caprichos de su fantasia. Era ella lo que los italianos llaman una admirable *orechiante*. Cuando madama Catalani habia estudiado bien un trozo, sabiale de una manera imperturbable y jamás la flaqueza de su memoria llegaba á embarazar el brio de su imaginacion. Madama Catalani no ha sido afortunada en el teatro. Intimidábala la escena, y perdía allí la naturalidad y la animacion. Su magnífica voz que se derramaba en ondas sonoras y cristalinas como el agua de roca no llevaba en su curso ni el fuego de la pasion ni la chispa cómica. Madama Catalani era en todo el rigor de la expresion una cantatriz *da camera*, una habilidad con joyerías vocales que ejercia "el arte por el arte" sin mas empeño que encantar y admirar á sus auditores. No era ni muy variado ni muy selecto su repertorio: componíase de cosa de una docena de cavatinas que siempre cantaba y en todas partes. Tenia particular predileccion por los trozos siguientes que han recorrido toda Europa. *Son regina de la Semiramis* de Porto-Gallo, que este compositor escribió para ella en Lisboa; *Delle trombe* de la ópera de las Tres Sultanas de Puccini; las variaciones de Roda y *Nel cor piu non mi sento* de la *Molinara* de Paisiello, melodia exquisita cuya admirable sencillez alteraba madama Catalani con adornos sumamente complicados. Tambien cantó varias ocasiones en París el papel de la condesa, del Ma-

1 Puck-chita.

trimonio de Figaro, pero el *genio* de Mozart le era menos familiar que el de Piccini y de los otros primeros maestros de la antigua escuela italiana. Madama Catalani no conoció la revolucion que operó Rossini: lo imperfecto de su educacion y lo corto de su capacidad para el juego de la escena no le permitieron tomar parte en esa gran renovacion de la música dramática.

La *vocalizacion* de madama Catalani era una cosa como de prodigio. Entre los infinitos adornos que con singular elegancia urdia, llamaba particularmente la atencion aquella facilidad con que hacia las gamas cromáticas, poniendo en cada nota un trinado que centellaba como el brillante del agua mas pura. Unas veces le heria con vigor, imitando los gorjeos estridentes de la alondra; otras, le cubria con una gasa *melódica* que suavizaba su brillo. Gustaba tambien de picar la nota con varios gargateos reiterados, *martilleo* gracioso que habia sido la joya favorita de la Mingotti, una de las cantatrices mas célebres de la primera mitad del siglo XVIII. Su respiracion larga y bien manejada le permitia dar á la frase *melódica* al necesario horizonte y *accidentar* el sonido, que siempre era fuerte y *posto*-

so. Madama Catalani se distinguia en los efectos de contraste haciendo suceder á un grito imperioso la *mezza voce* mas misteriosa. El mayor defecto que se pudiera reprochar á aquella *vocalizacion* tan rica y espléndida era un movimiento nervioso que se notaba en su barba y de que jamás pudo corregirse madama Catalani: este movimiento desagradable á la vista que acusaba un vicio de educacion vocal, se ha hecho tan comun en nuestros dias, que se nota entre los artistas mas afamados.

Dotada de un feliz instinto, agradada con una voz de soprano de las mas extensas, sonoras y flexibles que se hayan conocido, preciosa ave del paraíso cuyo canto igualaba en magnificencia al plumaje, madama Catalani fué mas bien una maravilla de la naturaleza que no un producto del arte. *Tañía* la voz como Paganini tañía el violon, pero sin tener el ingenio fogoso y fantástico de él. Sirena de dulce lenguaje, enajonaba á los viandantes, y podíase decir de su melopea lo que un padre de la Iglesia ha dicho de la dialéctica de los sofistas:

Circula al rededor del corazón (*circum præcordia ludit*) sin penetrar en él.

1 Declamacion en música de los antiguos.

LA REALIDAD DE LOS CASAMIENTOS.

Tomamos la molestia de pensar un poco antes de casaros, y os excusareis la necesidad de tener que pensar mucho ya que esteis casada. Considerad los infinitos casamientos que se hacen en todo el mundo: qué cosas tan tristes y despreciables son! Unas cuantas miradas tiernas, un paseo, un baile, un apretón de mano, una propuesta hecha de sopetón, la compra de unas cuantas varas de rasgo blanco, un ani-

llo, un sacerdote, un coche... y todo está concluido. Por el espacio de cinco semanas se ve á dos derrotidos consortes paseando del brazo por las calles y haciendo visitas; luego todo entra en una rutina monótona; sientase la mujer aparte y distante de su marido, y vanse amontonando poco á poco al lado de ambos las riñas, los holgoritos, los pesarios y los chicue-

EL ANHELO DE SABER.

Por LADY MARÍA CHASE.

En una tarde calurosa, una niña se hallaba sentada en un bosque, jugando con el musgo y las piedras.

Era ella una bonita criatura, pero en sus ojos se manifestaba de vez en cuando un deseo, un anhelo que hacía á las gentes decir:

—Esa es una buena muchacha, pero no ha de llegar á vieja.

A la sazón no era eso en lo que pensaba ella, pues lo que la entretenía distrayéndola gratuitamente de toda otra cosa era el alegre rumor de los árboles que el viento mecía y la vista de una familia de conejos que alojados á poco trecho de donde ella estaba espíaban atentos sus menores movimientos. Sacó la niña de la bolsa de su delantal unos pedazos de pan, arrojóselos y soltóse á reír de verlos comer; y cuando este entretenimiento hubo concluido, puso la vista en los árboles y tornó á reír del ruido que hacía el viento que hería las ramas de los árboles. Después viniéndole el antojo de cantar, cantó unos versos sueltos de una canción que imperfectamente sabía.

Viva el roble,
El árbol noble,
Que los años
Y sus daños
Destaña
Noche y día,
Majestoso
Y poderoso,
Rey del bosque
Siempre fué...

1 Ches.

Y cuanto mas bramaba el viento mas reojo cantaba ella.

De pronto una semilla ligera cayó á su lado; extendió la criatura su preciosa mano y la cogió. Era la tal una semilla de fea forma y de color oscuro; pero la niña dijo mirándola:

—Dice madre que si sembró una semilla puede que nazca y dé un árbol. Voy á ver.

Con esto, púsose á cavar la tierra y ya que hubo hecho un hoyo puso la semilla en él y le tapó luego con cuidado, cercándole después de una vallita formada con palos secos y vástagos. Mas ocurrióle de improviso un pensamiento.

—La semilla parda esa está muerta ahora; pero ahí se estará en la oscuridad un gran rato y luego brotarán unas hojas verdes y crecerá un tallo y llegará á ser un árbol corpulento. Entonces vivirá. Pero estando muerto ahora, ¿cómo es que puede llegar á estar vivo? ¿Qué cosa tan rara es la vida! ¿Qué es lo que da la vida? No puede ser el sol, pues el sol ha estado dando tantos años en estas piedras y todavía están tan muertas como siempre; ni tampoco puede ser la lluvia, pues estos palos que están en el suelo se mojan muy seguido y no crecen. ¿Qué cosa es la vida?

Púsose muy seria la niña con sus pensamientos, é inmóvilte la aprensión de que alguien estaba cerca de ella. Pensó que el viento podía tener vida, pues que se movía y con ha'la velocidad, y tenía mu-

chas voces. Si siquiera lograra saber lo que decían sus voces, tal vez le dirían lo que era la vida. Y luego alzaba los ojos y mirando de hito en hito los robles que elevaban sus brazos hacía las nubes, entrábase el deseo de preguntarle lo que saber quería; pero no se atrevía. Un pequeño arroyo se deslizaba por entre una roca que se hallaba arriba de sus piés y corría con incessante murmurio, y ella viéndole consideró que debía también de tener vida, pues que se movía y tenía voz.

Había llegado á caer el día y la criatura regresó á su casa; pero allí, y hasta en medio del sueño parecióle oír la pregunta:

—¿Qué es la vida?

Era cosa que ella tenía de saber.

La semilla que la niña había recogido, el viento la había desprendido de un pino, y echó raíces y brotó una verde espiguilla, y fué creciendo y creciendo y al cabo de unos cuantos veranos estaba tan crecido que un gorrión hizo en él su nido, entre el lozano follaje.

Allí mismo vino un día una linda muchacha alta, con apresurado paso y centellantes ojos y sentóse al pié del tronco. Pasose á acariciar amorosamente al joven pino con una mano; con la otra tenía asido un papel doblado. ¿Cuánto había crecido desde el día en que depositó la parda semilla en el seno de la tierra! Abrió el papel y leyó; tiñéronsele las mejillas de un encendido púrpura y temblóle la mano.

—¿El me ama! dijo. No puede caberme duda.

Luego, leyó en voz alta:

Cuando seas mía, lo sacaré yo de esos tristes montes donde gustas tanto y tan precioso tiempo contemplando en lo futuro. Yo te enseñaré lo que es la vida. Yo te enseñaré cómo sus doradas horas no deben emplearse en ociosos juegos, sino que

deben gloriarse con las magnificencias ingratas del amor. El verdadero vivir consiste en amar y ser amado.

Dobló ella la carta y púsose á contemplar lo que á su redor se hallaba. Esa enseñanza que le daba la carta jera por ventura la que había recibido de aquellos valientes y envejecidos robles que tanto tiempo habían hecho frente á las tormentas? Había ella aprendido á entender algo de su voz y á la sazón parecía que le hablaban mas reojo que nunca, y lo que le decían era:

¡Sufrimiento!

El viento, que nunca callaba, que no se interrumpía, que nunca retrocedía, le había enseñado también una lección, en su vuelo progresivo, en sus incessantes esfuerzos por alcanzar algun objeto muy distante. Y la lección era:

Esperanza.

El arroyo que sin cesar corría, cuyo corazón no se secaba en ninguna estacion le había dicho con su suave murmullo:

Fe.

Reclinó su cabeza contra el pié del amado pino, y dijo en su corazón:

—Volveré otra vez cuando hayan pasado diez años, y entonces veré quién es quien me enseña lo cierto.

.....
Erase un día frío del mes de noviembre.

Un furioso viento del Norte bramaba entre los robles desnudos de hojas, los cuales desafiaban su poder con sus brazos nudosos y descubiertos. Las pesadas masas de nubes reflejaban sus oscuros colores en las aguas del arroyo, y el pino, ya con proporciones gigantescas, se mecía impotensamente con la fuerza del viento que le verbereaba.

Envoluelta en la tormenta vióse venir por abajo de la colina una forma ligera é inclinada hácia el suelo. Era la feliz criatura que había sembrado la semilla del pino.

Tendióse sobre las secas hojas á la márgen del arroyo, y reclinóse fatigada contra el robusto árbol. Miró con ojos tristes á los pobladores del bosque, y luego comenzaron á brotar lágrimas de sus ojos. Estaba muy pálida y melancólica, y se embozó en su rico manton para abrigarse del viento.

Habia sucedido como lo había dicho su amante.

Habíase entrado en el mundo, había probado lo que en el mundo llaman placer, había dado al olvido las sencillas lecciones que en su juventud aprendiera con el fin de seguir su mandato "de él" y vivir en la luz de su amor "de él." Diez años habían desvanecido el sueño.

El joven esposo yacía en su huesa; la criatura que le había dejado ya no existía.

Rendida y atribulada había tornado apresuradamente al hogar paterno de que nunca debió haberse ausentado, y á sus antiguas costumbres.

Abrazó tiernamente al pino y exclamó: —Oh! ¡quién fuera como tú! Tú tienes de verte aquí en pie, disfrutando de tu juventud lozana, un siglo después que yo esté ya debajo de la tierra. No tienes tribulaciones que te acorjojen, ni penas que destruyan tu vigor. ¡Qué no diera yo por ser como tú!

Al fin, serenóse.

Y he aquí que la antigua pregunta cuya contestación nunca había logrado satisfactoriamente, á saber "¿Qué es la vida?" vino á la mente.

Todos los sucesos, todas sus obras de lo pasado se hicieron presentes en su imaginación y advirtió que su vida no había sido una vida digna de una alma inmortal. Oyó de nuevo las voces de los árboles, del viento y del arroyo y sintió como que se calmaba su angustia.

—Sufrimiento, Esperanza, Fe, dijo entre dientes.

Levantóse para partir.
—Queda con Dios, amado pino, dijo. Dios sabe si volveré á verte, pero si lo deseo. Con su auxilio comenzaré otra existencia. A Dios, aconsejadores que me han consolado. Vóyme á estudiar lo que es la vida.

En una ciudad distante moró hasta una edad muy avanzada una piadosa mujer.

No parecía sino que los años no tenían poder alguno sobre su alegre espíritu sin embargo de la gradual disminución de sus fuerzas. Grandes riquezas le había dado la suerte; mas no se albergaba el lujo en su hogar. Un hospital, una escuela gratuita, una casa de expositos eran las pruebas elocuentes de que ella sabía apreciar en su valor verdadero las riquezas. En su casa muchas niñas encontraron un domicilio sin el cual habrían vagado en la infamia. El reformado ebrio repartía diariamente sus dones á los necesitados; el ladrón penitente era su tesoro; las cárceles conocían el sonido de sus pasos; las casas de caridad bendecían su llegada. Había ella sido en fin la fiel oeconoma de los dones del Señor.

Ochenta y ocho años habían pasado por ella tan ligeramente como las hojas marchitas, y ya el Padre bondadoso estaba para dar descanso á su sierva y criatura. La crecida servidumbre de su casa se hallaba apiñada en torno de su lecho para presenciar su hora postrera.

A las orillas de la eternidad un grato y suave sueño se apoderó de ella. Imaginóse estar en un inmenso bosque junto á un pino corpulento. Un arroyo burbujeaba allí inmediato y una brisa amorosa mecia los lozanos vegetales. Miró al árbol, ufano con su vigor, y soñóse á pensar que hubiera ella algún día deseado

trocar su corona de inmortalidad por la existencia irracional de aquel árbol. Luego la antigua pregunta "¿Qué es la vida?" retumbó nuevamente en sus oídos, y abriendo sus ojos del sueño, habló con voz clara estas palabras:

—El que ha vivido en el Hijo tiene una vida periturable. Esta es la verdadera vida por la cual sufrimos las probaciones de la otra. Por esta trabajamos y ha-

ceamos buenas obras. La vida del hombre no consiste en la abundancia de las cosas que posee, pues la vida es cuidar del alma. He dado fin á mi carrera; mi tarea ha de ser recompensada en razon de ciento por uno; y vóyme á mi hogar, cuya amante bondad es mejor que la vida.

Traducción del inglés por E. R.

LA GALANTERIA.

La galantería es una suerte de culto, de cortesania y atenciones que todo hombre bien educado debe tributar á las mujeres en todas circunstancias.

Ya en nuestros tiempos la galantería no está ni con mucho tan realizada como en los tiempos de nuestros antepasados. Había sin duda alguna algo muy noble en aquel respeto por unas criaturas débiles que no tienen fuerzas para exigir ninguno. Venía ello á ser una preciosa reliquia de las costumbres de la caballería, institución fecunda en generosos sentimientos, los cuales parecían proscribir á cada guerrero el voto de galantería al mismo tiempo que el de valentía y honor.

Las revoluciones políticas han cambiado á la vez las costumbres y la moralidad.

Cítanse multitud de respuestas mas ó menos galantes; pero nosotros no traeremos aquí sino las siguientes:

Una señorita joven y hermosa decia una noche á Fontenelle'.

—Hay quien asegure, señor, que la luz incomoda á usted, y sin embargo, ¡cuando usted que se encienden las bujías! Confiese usted, no obstante, que prefiere la oscuridad.

1 Fontenelle.

—No donde usted está, señorita, respondió el galante anciano.

D'Alembert', antes de dar lectura en una sesión pública de la Academia á su discurso sobre la Apología del estudio, leyólo en una reunion de amigos. Después de haber dicho en aquel discurso que "la misma Providencia que parece haber asociado la dicha á la mediocridad de la condición y de los posibles parece tambien haberla asociado á la mediocridad de los talentos," interrumpióle una linda mujer diciéndole:

—Señor, eso es darnos á entender que usted no es feliz.

—Sí lo es uno, señora, repuso el galante filósofo, cuando ve y oye á usted.

Una dama de calidad reprochaba al embajador turco en Francia el que la ley de Mahoma permitiese tener muchas mujeres.

—Permitelo ella, señora, le respondió cortesantemente el embajador, para que entre muchas puedan hallarse las prendas que están reunidas en usted sola.

1 D'Alembert.

ULTIMAS MODAS DE PARIS.

La magnífica estampa, obra exquisita y elegante del afamado Jules David, que acompaña á este artículo, representa dos lindas parisienses, compatriotas del grabador.

Antes de ir mas léjos, me permitirán las señoras lectoras que por un momento suspenda yo en este lugar la explicacion de los trajes que en el grabado se ven, con el fin de decirles cuatro palabritas acerca de Jules David.

Jules David, á quien ustedes, señoras lectoras, no conocen ni aun probablemente de nombre como yo, es en punto á figurines lo que Jouvin (á este sí le conocen ustedes tal cual) en punto de guantes, lo que madama Virginia en punto de túnicos, lo que la mujer en la creacion, es decir lo mas extremado en elegancia y en finura, así por lo que respecta al dibujo, como por lo que respecta á los colores, y á la belleza de las figuras, y á la gracia y buen gusto de los trajes. La exquisita estampa delicadamente grabada en acero y primorosamente iluminada á que me refiero, y que ha venido por el último paquete inglés, es una prueba irrefragable de lo que es y de lo que vale el justamentado afamado Jules David.

Ahora, vamos á ver los trajes, los cuales no pueden ser de una moda tan fresca, puesto que son de noviembre.

TRAJE DE PASEO.—Sombrero ó gorro de terciopelo verde, guarnecido por fuera de plumas, y lo interior, de flores. Vestido de tafetan oscuro floreado, alto y ajustado. Manteleta de una forma muy nueva,

muy elegante y muy propia para la estacion. Zapato del color del traje.

TRAJE DE CASA.—Tocado compuesto con listones. Vestido de punto de seda verde. El corpiño es abierto por delante, con vueltas guarnecidas de punto negro, y adornado con rositas de liston de raso negro: las mangas tambien están adornadas con punto negro y blanco interpolado. La enagua es de tul negro con listas de liston y encaje. Zapatos del color del vestido.

Preciso me ha sido ser lo cónico en lo relativo á las modas de Paris, para tener tiempo y lugar de ocupar la atencion de ustedes, amables lectoras, con algo de lo que acá en nuestro suelo está hoy en moda en cosas que no son trajes.

Los toreros continúan siendo la pasion absorbente del día. Tal y tan general es el gusto que se ha declarado por esta inocente y graciosa diversion, que á pesar de los recelos que habia de que una de las dos plazas viniera á estar demás, se ve con alegre asombro que así la novísima como la antigua hacen ambas buen negocio.

A mas de los toros hay lo de la época: las posadas. En todo Méjico, todas las noches, se cantan letanías y canciones de dar y pedir posadas, letanías y canciones en que no se sabe qué celebrar con mas risotadas, si los disparates latinos y castellanos que se cantan, ó la seriedad con que se cantan. Pero todo lo abona lo piadoso de la intencion.

El peregrino celo que en este año se



LE MONITEUR DE LA MODE.

Rue Richelieu, 92, à Paris.

ha apoderado de algunas generosas almas, por ilustrar á los habitantes de nuestra república y hacerlos buenos cristianos, continúa dando quehacer á las prensas de esta capital, de suerte que las Revistas y las Bibliotecas económicas están lejos aun de disminuir en número ni en volumen; pero el soberano poder legislativo, para no hacer un papel desairado en medio del movimiento intelectual de Méjico, advirtiendo que todo su período le había pasado en un delicioso *far niente* de que tenía precisión, por el qué dirán siquiera, de arrancarse aunque fuera un momento, todo abochornado y desperezándose se puso á trabajar, y para imponer de luego á luego un merecido castigo á los que tenían la culpa de que no siguiera el gozando de su sabrosa ociosidad, les asentó la mano á las Revistas, Bibliotecas, periódicos, etc., á todo en fin lo que se imprime, circula y publica en la capital. El decreto que han abortado las cámaras grabando mas y retardando la circulación de los impresos es una preciosa prueba del espíritu de ilustración que á sus ilustres miembros anima, es lo que puede dar al universo entero, en el siglo XIX, la medida mas exacta de la sabiduría de nuestro congreso.

Hay otra cosa muy nuevecita, invento de las circunstancias, padre legítimo de las destrucciones de coches extranjeros en esta capital: un principio económico-político muy fesquecito.

¿Creerán ustedes, amables lectoras, que en la hora y punto que se abaraten los géneros que vienen del extranjero, que en el mismísimo momento que compren ustedes sedas, algodones, lanas, etc., á la mitad del precio que hoy les cuesta; creerán ustedes, digo, que en ese mismísimo momento estará en un tris la independencia de la nación y tanto, que no pasará una hora antes de que tengar ustedes invadi-

do, ocupado el suelo nativo de ustedes y sus casas y sus haciendas y todo y todo, ¡Dios nos asista! por franceses, ingleses, austriacos, rusos y hasta por los hijos de la Tierra del yelo? . . . ¡Jesús! ¡que horror! ¡Si á lo menos no fueran mas que iberos! . . .

Y no hay remedio, que así nos lo han asegurado las cabezas mejorcitas de nuestro congreso en mas de un docto discurso en que se ha hablado de pérdidas de *fortunas* y de no sé ya cuántas otras cosas tanto ó mas espantables que aquellas.

Y yo para mí no sé á punto fijo qué pensar en esto cuando oigo decir que la independencia peligrá porque los consumidores compren mas barato las mercaderías extranjeras y cuando veo que de fuera estamos recibiendo toreadores, cómicos, bailarines, letras de imprenta, grabados en madera y acero, instruccion, ilustracion, religion y otras mil cosas, lo cual no puede menos de acarrear gravísimo perjuicio á nuestros toreadores, cómicos, bailarines, tipógrafos, grabadores, instructores, ilustradores, catequizadores, etc., y por tanto lo á nuestras industrias tauriles, dramáticas, *coreográficas*, tipográficas, grabadoras, instructivas, *ilustrativas*, etc. . . .

Esto me hace pensar ¡y se me hiela, se me coagula al pensarlo la sangre mejicana que me corre por las venas! cuán cási en peligro está la independencia de mi patria con la ropa que uso, el sombrero que traigo. . . ¡qué digo! hasta con las botas que calzo.

¡Lástima que nuestra república no esté cercada de una ancha y alta muralla como la de China! ¡Qué industriosos no serian con ella mis compatriotas y qué maravillas, qué prodigios industriales no engendrarian sus fecundas cabezas! . . .

¡Y noramala las máquinas, los caminos de hierro y esa simpleza de telegrafos electro-magnético! Noramala todo lo que

viene de *estrangis*, con menoscabo de nuestras *fortunas!*

En una reunion de personas *fashionables* (qué me gusta esta voz que hace torcer el gesto á los españoles y que los franceses usan con tanto desgaire), en una reunion de lo mejorcito de esta ciudad se ventilaba poco hace la gran "cuestion" del *blumerismo*, y si he de decir la verdad pura y limpia, en medio de los sí y de los no, de las retencias y de las palabras cortadas, de las sonrisas y de las exclamaciones, advertí que si bien ninguna de nuestras hechiceras compatriotas se arriesgaria á ser la primera en dar un ejem-

plo público de *blumerismo*, no por eso se resistirian muchas de ellas á seguirle si hubiera quien rompiese el nombre. ¡Es tan poderoso el principio ese de

Lo que se usa no se excusa!

Y luego, ¿eren ustedes, amables lectoras, que les estaria mal ese traje oriental, ese traje de odalisca?

Lo que mas desagrada en la moda *blumeriana* es su procedencia. Todo lo que viene de los Estados Unidos huele á bárbaro, parece tosco é inelegante. Yo estoy persuadido de que el tal *blumerismo* no ha de pasar del suelo de los *yánquis*.

CARTA MERCANTIL Y AMATORIA.

Muy SEÑORA MIA.—En contestacion á la de usted fecha 20 del próximo pasado junio, la cual recibí oportunamente, debo decir á usted que ya he remitido las muestras que me tiene usted pedidas, junto con el precio corriente del renglon consabido. Y volviendo al asunto de mi anterior... no puede conformarme con ver la respuesta de usted como un respuesta definitiva... yo espero que usted atenderá á mi ardiente amor. En la edad de usted no es posible mantenerse mucho tiempo viuda... nada tiene usted que recelar de un carácter tan dócil y de un amor tan sincero como el mio. La casa de Charrier y C^a ha pedido seis meses de plazo: ¿está usted por darlos? Conteste usted á vuelta de correo á esta pregunta y á lo que interesa á la felicidad de mi vida. Usted es la realidad de todas mis ilusiones. El afecto,

respeto y estimacion que siento por usted son sinceros y profundos. La union de nuestras dos casas daria á nuestros giros una extension incalculable. He aceptado su papel de usted contra la casa de Bernard y C^a. El aceite de Colza corre á 21 francos.

Esperando contestacion de usted á vuelta de correo, cierro esta carta latíendome el corazon.

Suyo, con todo respeto,

M.

La casa de Fritz ha interrumpido sus pagos. Cómo me late el corazon cuando le escribo á usted. Los aceites están subiendo.

Esta carta se encontró en un coche de uno de los caminos de hierro de Francia.

EPISODIO TAURIL.

SEGUNDA PARTE.

La aurora con sus transparentes dedos descortinó las cortinas de la noche y asomó su risueña y apacible carita.

Amaneció pues el dia 23 de noviembre de 1851.

Memorable dia es el 23 de noviembre de 1851.

Muy memorable, sí, muy digno de eterna recordacion para Méjico, no porque en él se estrenara el telégrafo electro-magnético, valiente simpleza despues de todo, ni se diera la primera mano al tan cacareado camino de hierro que aun está por ver, ni se llevara á puro y debido efecto la famosa ascension de Puente que ha quedado en los espacios imaginarios, ni...

En suena, el 23 de noviembre del año de gracia 1851, domingo vigésimo cuarto y último despues de Pentecostes, dia de santa Luza ó Lucia, virgen y mártir de Siracusa en el siglo VI, patrona de las oftalmias y de los incendios, este dia se estrenó la novisima plaza de toros que hoy gallardea soberbia en uno de los extremos del paseo de Bucarelli.

Ardia empresa y hasta cierto punto temeraria de mi parte, sería el trasladar al papel así el alboroto general como el afan con que todo Méjico aguardaba el momento crítico, el ansiado momento en que habia de tener efecto el grandioso suceso de la apertura de las puertas del magnífico, del espléndido anfiteatro verde. Figúrese quien me leyero la precipitacion, el afan con que los pares únicos restos de la creacion despues del diluvio debieron de

correr á zamparse dentro del arco de Noé y tendrá con esto una idea tal cual del afan y del desasosiego de los vecinos de esta capital.

Don Crisanto por su lado, y Elisa por el suyo, ahuyentado su sueño con la presencia del rubicundo dia, tuvieron por conveniente salirse de la cama.

Don Crisanto bien hubiera querido no acordarse de lo que habia soñado, pero ¡qué medio de que no se le viniera á la mente, cuando aquel dia era el que era, cuando al recordarse al querer ó no de que aquel dia era el del estreno de la novisima plaza se le hacian presentes los toros, y con ellos los pensamientos de la vispera, y tras estos las visiones del sueño?

Los sueños, y particularmente las pesadillas, son de una naturaleza *hostigadora* en su grado. Sueñe usted un



sueño grato, un sueño de esos que le resalta a usted propio en una tierna, sabrosa y solitaria plática con una parienta de Eva, plática tan íntima, tan confidencial, tan gustosa que para no dejar escapar ni un vocablo, ni una sílaba, ni una sola letra de lo que se dice, ni uno solo de los efectos que se producen por virtud de ella, se acerca usted á ella cuanto lo permiten las sillas, y *susurra* á su oído palabras de miel y le ase la mano y el brazo, y por la pulsación de sus arterias y por la expresión de sus ojos ve que su afecto será galardonado...

Ahora bien, un sueño de estos, un sueño que debería grabarse para siempre en la mente y el alma, se borra tan completamente que no se tienen de él otro día mas que especies muy oscuras.

Pero sueñe usted una catástrofe, escenas de espanto y terror, y verá usted si su tenaz y molesta memoria no le acosa por mas tiempo del que usted quisiera.

¿Por qué es que lo menos grato, lo de una desagradable naturaleza deja en la imaginación huellas mas profundas que las ideas halagüeñas?

Cuestion no es esta que yo no sé resolver. Así como así no hace esto á mi propósito.

Don Crisanto hubo de recapacitar en su aciago sueño, puesto que no pudo echar á puerta ajena el pensamiento de los toros.

Y cátese usted que tuvo que pensar en su vida pasada, porque la vision que tuvo, como lo dije en otra parte, no era una cosa que no tuviera alguna relacion con él.

En efecto, don Crisanto habia sido un empleado viejo, empleado de aduana en Tampico. Allí, merced á lo elástico de su conciencia, á las seducciones y á la impunidad llegó á tener lo que se llama

una buena *fortuna*, es decir un buen caudal.

La prosperidad pervierte no pocas veces el corazón. Si bien es verdad que nuestro don Crisanto nunca habia sido lo que se llama un hombre de bien, sus flaquezas habian sido tan leves que no habian llamado la atención de nadie; pero con el dinero volvióse inaguantable. La inclinación á los licores que desde su nacimiento habia sido una de sus inclinaciones características tomó un vuelo tal que mas de una ocasion se le vió por las calles, brazo á brazo con un su amigo en-



tregado á la mas patente embriaguez. Sin embargo, como tenia dinero, á nadie le ocurría mirarle mal; antes al contrario todos atribuían aquella su destemplanza á pesadumbres de familia.

La envidia, que todo lo puede, logró introducirse en el palacio de Méjico y con su viperina lengua profirió tales ausencias de don Crisanto, que no pudo el supremo gobierno excusarse de remover de su empleo á don Crisanto para sustituir á este con otro individuo que si bien era pobre en cuanto á medios no lo era en cuanto á desesos de medrar.

En vano don Crisanto hizo tan patente su integridad y pureza como la luz del

meridiano, en balde protestó y se resistió, preciso fué ceder el lugar al nuevo favorito del supremo gobierno.

Para consolarse de su desgracia, don Crisanto se trasladó á Méjico, donde se encontró con mil consideraciones que no esperaba, y hasta el ministro le dió con suma afabilidad una audiencia en la cual se excusó de la medida que habia dictado, achacándosela al señor presidente. Satisfecho con la buena voluntad del ministro, y mas que con la buena voluntad con las reiteradas promesas del mismo de proporcionarle una excelente colocación, don Crisanto se dió á la brida, hasta el extremo de llegar una noche á ser recogido por los criados de una casa que él visitaba, pero recogido en un estado de embriaguez consumada.

Habia en la casa una muchacha no fea, hija única, en la cual hacia mucho tiempo que tenian cifradas sus esperanzas unos padres codiciosos. Las visitas de don Crisanto que ellos habian diestramente provocado, les agradaban sobradamente y procuraban poco á poco ir inclinando el corazón de Ignacita á un hombre que con el gran caudal que tenia podia satisfacer las ambiciones paternas.

Ignacita no se inclinaba á don Crisanto por la razon muy sencilla de que estaba inclinada á otro; pero en la noche de que hablé mas arriba fraguaron sus padres una intriga de que resultó que Ignacita quedara apalabrada en casamiento con don Crisanto. Gracioso fué el incidente este, y gustosísimo le relataria yo aquí punto por punto si no temiera alargar demasiado esta historia.

El hecho es, en dos palabras, que don Crisanto de la noche á la mañana vino á verse en plena y legitima posesion de Ignacita, con el título de marido suyo. Pero la mala conducta de él hizo indispensable un divorcio ruidoso, y mas luego la

muerte de Ignacita, la cual dejó una hija, esa mismísima Elisa que conoce ya el lector.

En suma, don Crisanto con los años llegó á conocer lo descaminado que iba, llegó á tener bochorno de lo que habia sido y se enmendó.

He aquí por qué el sueño de la noche anterior le habia hecho tanta impresion.

Pero después que se hubo serenado por virtud de las reflexiones que á sí propio se hizo, apartó la mente de aquellas impertinentes memorias de sus pasadas vergüenzas, de su pasado ciego, y dióse á pensar tan solo en las corridas de toros.

En definitiva, no sé si por la fuerza de la álgebra ó por la de las razones *seductoras* del inclito don Jaime Balmes, el señor don Crisanto quedó plena y perfectamente persuadido de que no habia inconveniente chico ni grande en ir aquel día y cualquiera otro que lo juzgase conveniente á cualquier toro.

Entre tanto Elisa tambien, atribulada con lo que en la mente le habia estado bailando por la noche, recordó pensativa y "tristona."

¿Qué vendria á ser aquello de su amante muerto?

Y ¿por qué sería aquello de gritarle con tanta torquedad que no fuera á los toros?

¿Le estaria reservada alguna desgracia allí?

Y luego, ¿diva ella, tendria ella valor de ir á una diversion de sangre, de sobresaltos, de sustos?...

¡Jesús!...

Tapóse Elisa la cara con ambas manos y como si esto no bastara á libertarla de la vista de un objeto imaginario que la asustaba, cerró tambien su par de ojos tan hermosos que no sé con cuantos epítetos los habria descrito el bueno de Valbuena.

Elisa se levantó con el ánimo hecho de no ir á los toros, pero no sé qué feliz ca-

nalidad llevó á sus manos unas hojas altamente católicas, y habiendo leído en ellas, escrito de molde, que los toreros son una cosa muy santa y muy buena, como lo prueba entre otras autoridades la del famoso doctor Balmes, Elisa se tranquilizó al punto y determinó concurrir á la plaza novísima si el señor su papá tenía á bien llevarla.

Así, por diversos caminos y por diversas razones, el padre y la hija vinieron á una misma conclusion, poniéndose anticipadamente de acuerdo, sin entenderse ni saberlo, en un punto importante, á semejanza de esos escritores, luminarias de la prensa de Méjico, que como por obra de milagro, están de perfecta conformidad en opiniones económico-políticas con un misterioso ilustrador que los ilumina desde unas cuantas centenas de leguas de aquí.

¿Qué misterios hay en el mundo, á más del algebra!...



Don Canuto Flauta.

El señor don Canuto Flauta se presentaba, como tenía de costumbre, hacer los mas de los domingos, en la casa de don Crisanto. Esta vez á mas de la costumbre dominguera, le llevaba allí la gran novedad del dia la sonada próxima corrida de toros en la plaza novísima.

Era el tal don Canuto un hombre largo y seco, escaso de dientes y sobrado de nariz, la cual remataba en un ángulo agudo, cara larga y enjuta, cabellos negros, escasos y parados: esto, por lo que respecta á lo que llaman el físico ó la fisonomía; pues en cuanto á la moral ó intelectual, á despecho de la flacura y la cara de vinagre de don Canuto, no era él de mal genio, ni áspero de trato ni de malas entrañas. Su edad había ya entrado en términos mayores.

Don Canuto se había hecho amigo bastante íntimo de don Crisanto, y visitaba con frecuencia la casa, menos en verdad por el amigo que por la hija del amigo. Que entre un hombre y una mujer, una vieja y una jóven, una bonita y una fea se decida uno de ordinario por la mujer por la jóven y por la bonita, está en el órden natural de las cosas.

Don Canuto tenía pues sus pretensiones: Elisa era el blanco de los amorosos tiros de don Canuto. Nuestro don Crisanto, subeje del caso, que don Canuto nunca trató de ocultar, no encontró el menor reparo que hacer, pues don Canuto era un sujeto acomodado y de buen concepto.

Pero el caso es que á pesar de las delicadas atenciones del galán, la dama nunca jamás había llegado á persuadirse que aquel hombre, si es que ella podía considerarle hombre, tan largo, tan flaco, tan viejo, tan agrio, pensara jamás en tomar algo que ver con ella, con ella á quien el espejo y mas de cuatro petimetrillos de corsé, iteratos de la "vispera," habian dicho infinitas veces:

Eres bien proporcionada;
Eres alta pero no flaca;
Eres jóven;
Eres amable;
Eres linda, hechicera, incomparable,
etc., etc.

Y aunque los petimetres murieron, no podía mentir el espejo, ese fiel consejero de las mujeres, con el cual nunca ríen, porque él tiene en su abaco el que al representarles sus hechizos ó defectos ellas los ven con sus propios ojos, es decir con ojos parciales.

Segun va dicho, Elisa nunca había llegado á persuadirse de que soñara pretendría un fastasmon tan escandalosamente desproporcionado para ella; pero si creyó que lo hiciera un moicito de muy buena cara, de esbelto cuerpo, que un dia, en un baile le había presentado su buena estrella.

La indulgente lectora me dispensará de que le dé aquí su retrato en consideracion á que no es para pintada ni desenta su hermosura: sobre decir que casi casi se aborhernaba Elisa de la suya propia cuando se paraba á compararla con la de su encantador amante!...

Desde muy temprano la curiosa vecindad de Méjico acudia al anunciado espectáculo.

Aun no eran mas que las dos de la tarde y ya la calle que conduce al paseo Nuevo estaba transitada por un inmenso gentío de todas condiciones y cataduras; á pié, á caballo, en coche.

Mas tarde un hermoso landó se vio venir por las calles de San Francisco, entrar en la Alameda, salir por la puerta del extremo opuesto, correr á lo largo de la calle de la Acordada y parar á la puerta de la plaza novísima. Allí un lacayo abrió la portezuela del coche, y salió de este, apoyándose en el brazo de uno de los ca-

balleros que habían bajado antes, una preciosa señorita, derramando lujo y donaire, hermosura y juventud. Tras ella, con extraña precipitacion, se entró en la plaza un mozalvete muy gallardo....

¡Magnífica estuvo la corrida!
Pero la pobre Elisa, pasando de un terror á otro, con el corazon cnda rato en la boca, agitada, atribulada cada vez mas, tapóse el rostro y dió un grito de pavor en el momento que el toro, venciendo el obstáculo de la garrocha prendida á su cerviz, arremetió al caballo, introdujole una asta en los encuentros y le derribó portierra junto con el jinete.

Nadie reparó el gemido, ni la demostracion de horror ni el estremecimiento nervioso de la jóven.

El concurso, con sonrisa convulsiva y animada, contemplaba aquel ligero incidente, harlo comun en los toreros. Si alguien hubiera por casualidad advertido el efecto de la sensibilidad de Elisa, habria cuando mas exclamado con tono de compasiva burla:

—¡Qué pobre novicia!
O mirándola bajo otro aspecto:

—¡Qué novelecria! Quiere llamar la atencion,

—¡Qué sucedió? exclamó Elisa cuando pasado un rato se descubrió la cara que se le vió pálida como la de un cadáver.

—Nada, prendia mia, contestó don Canuto. Pero está usted como un pan de cera... ¿qué tiene usted?

Elisa, al ver la serenidad con que don Canuto le hablaba, pasó la vista por los demas concurrentes, y notando la misma impasibilidad abochornose del sentimiento mas preciso del corazon humano y la súplica de regresar á casa expiró en sus labios.

Signió la corrida. Nuevos caballos destripados, nuevos lidiadores en peligro volviéndose en el brazo de uno de los ca-

—¡Esto es horrendo! decía entre sí. Y luego, que parece como cosa de una traición infame eso de provocar, de irritar, de enfurecer á un pobre animal que Dios ha hecho valiente, para después, escondida la espada, asesinarlo? ¿Y no es una temeridad bárbara el exponerse, no mas que por diversion?

Si un *tauromaníaco* la hubiera oído se habría reído compasivamente de ella.

Yo, por mi parte, me guardaré toda mi vida de hacerme acreedor á la sonrisa de un aficionado á toreros. Esa ilustre gente debe estar muy dispuesta á ver en todo el mundo una res ó cosa semejante.

Fué brillante la corrida.

Seis ó siete caballos muertos, diez á once toros lidiados. . . . No falló, para no dejar nada que desear, mas que un lidiador, siquiera uno, descountado á lo menos.

Concluida la función, salióse la concurrencia.

Coches, gentes y cabalgadores, partieron en confusión por la calle de la Acordada.

Detrás del coche que conducía á don Crisanto, Elisa, y don Canuto, veíase, aunque no muy distintamente por ser ya la hora tarde, un jinete caracoleando con un soberbio caballo alazan.

De pronto, arriándose el tal jinete á la portezuela del coche, no sé si para atravesar alguna palabra con alguna de las personas que en él iban, pasó velozmente otro coche, el cual rozando con el primero se llevó de encuentro al caballo y al jinete, viniendo á dar estos en tierra.

Elisa no pudo oír el *angustioso* grito del derribado mancebo, ni aun saber el fracaso.

Al día siguiente, sin embargo, no dejó de llegar á sus oídos la triste noticia de

que su amante había sido atropellado de un coche y lastimado en términos que se hacia indispensable amputarle una pierna. ¡Contemplen las almas tiernas el dolor de Elisa!

Pero Elisa no se volvió loca, ni perdió el apetito, como suele suceder, particularmente cuando el novio es rico. El trato engendra el cariño.

Don Canuto, á fuerza de atenciones y finezas, logró despreocupar á Elisa; y Elisa, viéndose viuda de amante juzgó convenientemente humanizarse con don Canuto, quien ya le parecía un hombre, y no un hombre así como quiera, sino un hombre afable, complaciente y honrado.



De suerte que en el mes de diciembre, con un boato poco comun se celebró la boda, de la cual no hubo nadie que tuviera por qué arrepentirse, á pesar de la poco simpática cara de don Canuto y de la ligereza de Elisa.

—¿Qué tie- en que ver las corridas de

toros, me dirá el crítico, con la historia de usted?

—Y ¿qué tienen que ver entre sí, digo

yo, los diversos incidentes de muchos de los dramas, comedias y sainetes que se representan en el mundo?... X.

MUJERES DE EDAD AVANZADA.

Nunca le ocurra á un jóven en una tertulia, el ver á espensas de las mujeres de edad avanzada.

No porque suela encontrar algunas á quienes la vejez haya vuelto desapacibles y de mal corazón, deja de haber muchas, y es el mayor número, capaces de darle consejos de la mayor utilidad.

El frecuente trato con las mujeres es lo que inspira esa urbanidad, esa elegancia en los modales, ese tono de política y amabilidad, en fin ese amor propio bien entendido que pueden hacernos prosperar en el mundo. Sean cuales fueren así sus cualidades corporales como su edad, ellas tie-

nen todas derecho á nuestras consideraciones y homenajes.

¡Cuánto no se puede aprovechar con una mujer que no ha perdido con los años mas que su hermosura! ¡Cuán gratos no son los consejos de su experiencia! Agrádanos su moral y fácilmente se abre el camino de nuestro corazón, porque ella no es enemiga de nuestros placeres, contra los abusos de los cuales tan solo quiere precaucionarnos.

El que se burla de las mujeres de edad avanzada no merece ser amado de las jóvenes.

CLASIFICACION MORAL.

Considerando el conjunto de la sociedad, nótese con poco trabajo cierto número de grupos cuya conducta, gustos é inclinaciones son de todo punto diferentes ó que tienen á lo menos ciertas particularidades que impide confundirlos. Un escritor satírico queriendo boscquejar con un solo rasgo la fisonomía moral de cada uno de estos grupos, y no atendiendo sino á la pasión dominante que todos ellos presentan, ha creído deber trazar la clasificación siguiente, á la cual da por base el orgullo, en que dice él, descansa nuestro edificio social:

- Los nobles. . . . orgullo de sangre.
- Los poderosos. . . orgullo de poder.
- Los ricos. . . . orgullo de fortuna.
- La clase media . . orgullo industrial.
- Los pobres. . . . orgullo humillado.

Dejando á nuestros lectores el cuidado de apreciar la exactitud de esta clasificación, diremos que es bueno estudiar la fisonomía moral de cada una de las clases sociales, pues importa mucho, cuando se encuentra uno en sociedad saber con quién trata.

EL HABLAR.

—¿Qué deliciosa ciudad es Venecia! decía un día una señora.

—Y ¿qué le ha encontrado usted que tanto agrade? le preguntó uno. —Que yo hablaba allí todo el día.